

Cicerón, *Bruto*: la elocuencia en defensa de sí misma

Bulmaro E. REYES CORIA

RESUMEN: A primera vista, el *Bruto* de Cicerón es una historia de la elocuencia romana, y se ha considerado ejemplificación del *De oratore*, del mismo autor, e incluso simple "periautología". Pero también se descubren ahí los factores de la efectividad de la elocuencia, que en este caso se defiende a sí misma, así como un mensaje de alerta a los incapaces de habla.

* * *

ABSTRACT: At first sight, Cicero's *Brutus* is a history of Roman eloquence, and has been regarded as either illustration of *De oratore*, or as a mere "periautology". But the factors of the effectiveness of the eloquence defending itself are found out in *Brutus*, and this book could also be taken as an alert message for those lacking of oratory skills.

* * *

PALABRAS CLAVE: asiático, ático, brutus, cicerón, elocuencia, estilo, orador, periautología.

RECEPCIÓN: 1 de octubre de 2002.

ACEPTACIÓN: 18 de octubre de 2002.

Cicerón, *Bruto*: la elocuencia en defensa de sí misma

Bulmaro E. REYES CORIA

De la amplísima producción ciceroniana acaso la más apreciada sea la que se halla relacionada más directamente con el arte de la palabra. En este campo, sin contar los discursos, se enumeran los tratados teóricos *De la invención retórica*, *Del género óptimo de*

ABREVIATURAS

- Cic. = Cicerón (México, Universidad Nacional Autónoma de México, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana):
- Brut.* = *Bruto: de los oradores ilustres*, vers. Bulmaro Reyes Coria, en prensa.
- De or.* = *Acerca del orador*, vers. Amparo Gaos Schmidt, 2 vols., 1995.
- Div.* = *De la adivinación*, vers. Julio Pimentel Álvarez, 1988.
- Inv.* = *De la invención retórica*, vers. Bulmaro Reyes Coria, 1997.
- Or.* = *El orador perfecto*, vers. Bulmaro Reyes Coria, 1999.
- Part. or.* = *De la partición oratoria*, vers. Bulmaro Reyes Coria, 2000.
- Ernesti = Ernesti, en *M. Tulli Ciceronis de claribus oratoribus*, Londini, A. J. Valpy (Opera, vol. III), 1830, pp. 1253-1424.
- Hendrickson = Hendrickson-Hubbell, *Cicero, Brutus-Orator*, Cambridge, Mass., Harvard University Press (The Loeb Classical Library, 342), 1939 (1971).
- Malcovati = Henrica Malcovati, *M. Tulli Ciceronis Scripta quae manserunt omnia*, fasc. 4, *Brutus*, Leipzig, Teubner Verlagsgesellschaft (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana), 1970.
- Martha = Jules Martha, *Cicéron, Brutus*, Paris, "Les Belles Lettres", 1923 (1973).
- Pernot = Laurent Pernot, "Periautología. Problèmes et méthodes de l'éloge de soi-même dans la tradition éthique et rhétorique gréco-romaine", *Revue des Études Grecques*, 111, 1998, pp. 101-124.
- A. Reyes = Alfonso Reyes, *La crítica en la edad ateniense. La antigua retórica*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas, Obras Completas de Alfonso Reyes, XIII), 1961.

oradores, Acerca del orador, De la partición oratoria, el Bruto, o los ilustres oradores, y El orador perfecto. Los menciono todos sólo para situar el *Bruto* en la gran amplitud de esta que se ha dado en llamar la obra retórica de Cicerón. Aquí me limitaré al *Bruto*, porque tiene algo que lo vuelve especial: es la audacia, capacidad y acierto del autor de convertir en pobre la elocuencia romana, y hacer de esta pobreza prueba de su riqueza. Aún más, erige su riqueza de elocuencia personal en modelo de elocuencia universal.

Para inyectar un poco de claridad a este trabajo, lo dividí en cuatro partes: primero una brevísima explicación acerca del título *Bruto, o los ilustres oradores*; en segundo lugar, el modo de composición de esta obra; después, su objetivo; y, finalmente, la explicación del estilo ático, en que Cicerón funda el mejor modelo de elocuencia, y de donde se desprenden las conclusiones.

1. *El título del Brutus*

Actualmente el *Brutus*, que está redactado a manera de diálogo entre Cicerón, Ático y Bruto, se conoce acompañado por un subtítulo, que puede ser *de illustribus oratoribus* o *de oratoribus claris*. *Illustribus* aparece en el códice Mutinense, y *claris* en el Vaticano Latino 3238 y en el Laudense, perdido este último. Asimismo en el Vaticano Latino 3238 se lee: *de claribus oratoribus qui dicitur Brutus*, como si alguna vez este libro se hubiera conocido por el subtítulo: *de claribus oratoribus*. Lo único probable es que el propio autor se refiere a ese libro con el solo nombre de *Brutus*.¹

¹ Cfr. Cic., *Div.*, II, 4: *cumque Aristoteles itemque Theophrastus, excellentes viri tum subtilitate tum copia, cum philosophia dicendi etiam praecepta coniunxerint; nostri quoque oratorii libri in eundem numerum referendi videntur: ita tres erunt de Oratore, quartus Brutus, quintus Orator* (“como Aristóteles y Teofrasto, varones excelentes en sutilidad y abundancia, juntaron sus preceptos con la filosofía, así parece que nuestros libros oratorios deben ponerse en un solo número: tres serán

Como sea, los atributos *ilustres* o *claros* que comúnmente se dan en el subtítulo del *Bruto*, expresan la idea afín que se halla en nuestra palabra “distinguido”. Y la argumentación de la obra descansa, de hecho, en las razones por las que se distinguieron o por las que fracasaron los oradores romanos desde Bruto el viejo hasta Bruto el joven, sin omitir a los principales griegos, y por las que el autor se erigió a sí mismo en el modelo de la elocuencia de su época y se consideró superior a sus antecesores. Esta manía de proclamar las propias virtudes, de alabarse a sí mismo, se puede llamar *periautología*. Laurent Pernot, en un artículo que trata sobre problemas y métodos del elogio de sí mismo en la tradición ética retórica greco-romana, enseña que Cicerón, en sus obras relativas a la retórica, reduce la historia de la elocuencia romana a un progreso gradual cuyo punto culminante es él mismo, visto como el mejor orador que Roma hubiera conocido, el único que había igualado a los griegos; y da a entender que su imagen es muy semejante al orador ideal.² Pero antes de entrar en materia, veamos un poco acerca del método de composición del *Bruto*, cuestión que me parece estar íntimamente ligada al objetivo de la alabanza de sí mismo, porque es dable descubrir ahí las razones y los alcances de la elección del material.

2. El método de composición

El método de composición del *Bruto* consistió en reunir a personajes que hubieran desempeñado algún cargo público en que debían o tenían la oportunidad de actuar como oradores. Y éstos, además de que tenían que ser oradores muertos, con el único

Acerca del orador, el cuarto el Bruto, el quinto El orador”). Cabe advertir cómo Cicerón no considera entre sus libros oratorios ni el *De inventione*, del cual, al contrario, muestra vergüenza en *De oratore*, I, 5, ni el *De partitione oratoria*, que se ha juzgado como la obra más puramente científica de todas las obras retóricas de Cicerón, ni desde luego el *De optimo genere oratorum*.

² Pernot, p. 107.

propósito de evitar animosidades por parte de los que se omitieran, también debían ser muchos para que se entendiera con claridad que sólo pocos habían sobresalido en las virtudes oratorias, y que por eso sólo pocos eran dignos de alabanza. Al respecto, dice Cicerón:

Pues es mi propósito reunir a aquellos que hubieran desempeñado tal cargo en la ciudad, que tuvieran lugar de oradores; y de lo que diga puede estimarse cuál haya sido, de veras, la ascensión de éstos y cuán difícil la perfección y acabamiento de lo óptimo, en todas las cosas. ...

Por tanto, Bruto, ves que llegamos a ti como orador, habiéndose interpuesto entre nuestro inicio del decir y el tuyo muchos oradores. De éstos nombraré a los que ya murieron, puesto que decidí no nombrar en esta plática nuestra a ninguno de los que vivieran, para que vosotros no sacarais de mí más curiosamente lo que juzgo de cada uno.³

Para la composición del *Bruto*, la fuente principal fue un *Liber annalis*, o historia de Roma, que Ático había escrito y dedicado a Cicerón. Éste, de hecho, era un gran lector, pero “no fanático de archivos que se dedicara a hurgar en los registros públicos”, en palabras de Hendrickson, el traductor inglés. La historia escrita por Ático abarcaba setecientos años, y contenía cuidadosas listas de magistrados, de leyes y de todos los acontecimientos importantes de la paz y la guerra, todo en orden cronológico, en especial lo referente a las familias importantes.⁴ Aparte de este libro

³ Cic., *Brut.*, 137: *Est enim propositum conligere eos, qui hoc munere in civitate functi sint, ut tenerent oratorum locum; quorum quidem quae fuerit ascensio et quam in omnibus rebus difficilis optimi perfectio atque absolutio ex eo quod dicam existimari potest.* 231: *Vides igitur, ut ad te oratorem, Brute, pervenerimus tam multis inter nostrum tuumque initium dicendi interpositis oratoribus; ex quibus, quoniam in hoc sermone nostro statui neminem eorum qui viverent nominare, ne vos curiosius eliceretis ex me quid de quoque iudicaret, eos qui iam sunt mortui nominabo.*

⁴ Cic., *Brut.*, 13-15, y *Or.*, 120; *Nep.*, XXV, xviii, 1-2. Cfr. Hendrickson, introducción a su versión del *Brutus*, p. 7.

de historia, Cicerón también tomó datos de su propia experiencia, porque había convivido con muchos de los oradores de que habla; es decir, con mucha frecuencia fue testigo de su historia, en especial de personajes de los que no encontró nada escrito, pero que vio e incluso alguna vez escuchó.

¿Pues qué hay de la época anterior, que pueda escribirse acerca de quienes no hablan ningunas crónicas de otros ni de ellos? Empero, de entre esos que nosotros mismos vimos, no omitimos casi a ninguno de aquellos que alguna vez oímos cuando decían.⁵

Para avanzar hacia el propósito de estas líneas, veamos cuál fue el objetivo del *Brutus*.

3. *El objetivo*

Como se vio en la nota 1, los libros *Acerca del orador*, el *Bruto* y el *Orador perfecto* podían fundirse en uno solo. *Acerca del orador* sería, como dice Hendrickson, el fundamento de esa terna de doctrina unitaria; el *Bruto*, la ejemplificación histórica; y el *Orador perfecto*, la configuración del ideal de orador.⁶

⁵ Cic., *Brut.*, 181: *quid enim est superioris aetatis quod scribi possit de iis, de quibus nulla monumenta loquuntur nec aliorum nec ipsorum? De his autem quos ipsi vidimus neminem fere praetermittimus eorum quos aliquando dicentis audivimus.* Por ejemplo, se había enfrentado a Hortensio en el caso de Verres, el gobernador de Sicilia, y más tarde trabajaría con éste como socio (Cic., *Brut.*, 1, 6, 189, 190, 228-233, 279, 291, 301-304, 307, 308, 317-330, 333); conoció a un viejo acusador de nombre Lucio Cesuleno, a quien llamó "hombre casi ínfimo", porque lo juzgaba sospechoso y criminoso (*Brut.*, 131); asimismo a Publio Rutilio Rufo, a quien ciertamente pudo haber oído, según sus propias palabras, aunque actualmente Malcovati, la más reciente editora del *Brutus*, duda de esta posibilidad, porque en aquel entonces ya existían las *Memorias* de Rutilio en versión latina y griega (*Brut.*, 85, 87, 89, 110, 113-116, 118). Cfr. Hendrickson, "Literary sources in the *Brutus*...", *Am. Journ. Phil.*, XXVII, 1906, p. 184, y "Memoirs of Rutilius Rufus", *Cl. Phil.*, XXVIII, 1933, p. 153. Acotaciones de Malcovati.

⁶ Pero de hecho, agrega Hendrickson, de los tres libros el *De oratore* es el único de origen espontáneo, escrito con deseo de presentar abstractamente una teoría de la

Y de manera independiente, del *Bruto* mismo se desprende su propósito. En general, éste consiste en mostrar que la calidad del orador se entiende a partir de su actuación:

Pues yo juzgaré lo que sea recto o torcido en el decir, con tal que pueda o sepa juzgarlo; pero de qué calidad sea el orador, podrá entenderse a partir de lo que él efectúe mediante el decir.⁷

En particular, en el *Bruto* se hace ver que el autor se convierte en el modelo de la elocuencia, ya que excepto él, aunque había muchos que ambicionaban la gloria de la elocuencia, sólo muy pocos la alcanzaron:

Yo no ignoro ... que hubo muchos que nunca hicieron una palabra en público, aunque podían decir un poco mejor que estos oradores que reúno; pero recordándolos, también persigo que primero entendáis esto: cómo, de todo el número, no muchos se atrevieron a decir; luego, cómo de esos mismos, pocos fueron dignos de alabanza.

...

Empero, fue pertinente que nosotros nombráramos a muchos, porque, como poco antes dije, quise que se entendiera cuán pocos resultaban dignos de nombre en aquello de que todos eran ambiciosísimos.⁸

oratoria y el retrato del orador perfecto. Todo lo cual requiere no sólo explicación larga sino discusión polémica, que no me parece propia para este lugar. Cfr. Hendrickson-Hubbell, p. 2.

⁷ Cic., *Brut.*, 184: *Nam quid in dicendo rectum sit aut pravum ego iudicabo, si modo is sum qui id possim aut sciam iudicare; qualis vero sit orator ex eo, quod is dicendo efficiet, poterit intellegi.*

⁸ Cic., *Brut.*, 270: *Non, inquam, ego istuc ignoro, Pomponi, multos fuisse, qui verbum numquam in publico fecissent, quom melius aliquanto possent quam isti oratores, quos colligo, dicere; sed his commemorandis etiam illud adsequor, ut intellegatis primum ex omni numero quam non multi ausi sint dicere, deinde ex iis ipsis quam pauci fuerint laude digni. ... 299: Quod autem plures a nobis nominati sunt, eo pertinuit, ut paulo ante dixi, quod intellegi volui, in eo, cuius omnes cupidissimi essent, quam pauci digni nomine evaderent.*

En el esfuerzo de erigirse en el modelo de la elocuencia, el autor defiende su estilo contra un grupo de jóvenes aticistas que se lo censuraban, y, alabando el estilo ático, define al orador perfecto. La argumentación de esa defensa se vuelve fácil, porque Cicerón muestra que, a diferencia de él, los oradores que decían practicar el estilo ático pretendiendo imitar a Demóstenes, no lo habían logrado:

¡Oh dioses buenos!, pregunto, ¿qué otra cosa hacemos nosotros o qué otra deseamos? Pero no la alcanzamos. Evidentemente, pues, estos áticos nuestros alcanzan lo que quieren. Ni siquiera entienden esto: que no sólo así lo refiere la tradición, sino que en tal forma era inevitable que, cuando Demóstenes iba a decir, concurriera gente de toda Grecia para oírlo. Pero cuando estos áticos dicen, son abandonados no sólo por el gentío, lo cual mismo es miserable, sino también por sus convocados. Por lo cual, si es propio de los áticos decir de modo angosto y débil, realmente sean áticos; pero vengan a los comicios, digan ante un juez que esté de pie; los bancos desean una voz más grande y más plena.⁹

De hecho, con la constante alabanza del estilo ático, Cicerón reprocha la superficialidad e ignorancia con que aquellos jóvenes se deleitaban imitando equivocadamente la sutileza de los griegos antiguos, que, por cierto, no era exclusiva de ellos:

Pero entre los nuestros hay esta ignorancia: que estos mismos, que se deleitan con la antigüedad en los griegos y con esa sutileza que llaman ática, ni siquiera conocen ésta en Catón. Quieren ser unos

⁹ Cic., *Brut.*, 289: *O di boni! Quid, quaeso, nos aliud agimus aut quid aliud optamus? at non adsequimur. Isti enim videlicet Attici nostri quod volunt adsequuntur. Ne illud quidem intellegunt, non modo ita memoriae proditum esse sed ita necesse fuisse, cum Demosthenes dicturus esset, ut concursus audiendi causa ex tota Graecia fierent. At cum isti Attici dicunt, non modo a corona, quod est ipsum miserabile, sed etiam ab advocatis relinquuntur. Quare si anguste et exiliter dicere est Atticorum, sint sane Attici; sed in comitium veniant, ad stantem iudicem dicant: subsellia grandiozem et pleniozem vocem desiderant.*

Hipérides y unos Lisias. Los alabo, ¿pero por qué Catones no quieren? Dicen que ellos gozan del ático género del decir. Sabiamente esto, de veras. ¡Y ojalá imitaran no solamente sus huesos, sino también su sangre!¹⁰

De modo abierto censura a un tal Cayo Licinio Calvo, total inexperto en el ejercicio de cualquier magistratura, pero al que, gozando de cierta simpatía entre sus amigos, le gustaba que lo llamaran orador ático, cuando en realidad su estilo era más bien débil:

Erraba él, y obligaba también a otros a errar. Pues si alguien piensa que hablan de modo ático los que no hablan con ineptitud, ni con odiosidad, ni con afectación, ése rectamente no aprobará a nadie, sino al ático.¹¹

Pero leyendo más lentamente, se puede afirmar que Cicerón buscaba en esta obra al orador perfecto ideal,¹² si no es que al mismo orador perfecto real, lo cual puede apreciarse en juicios como éstos:

no ignoro que todavía no es suficientemente pulido este orador, y que ha de buscarse algo que sea más perfecto. ...
sin embargo, establezco que nada pudo hacerse más perfecto que Craso. ...
César ... consiguió que aquella alabanza a su bien hablar fuera perfecta. ...

¹⁰ Cic., *Brut.*, 67-68: *sed ea in nostris inscitia est, quod hi ipsi, qui in Graecis antiquitate delectantur eaque subtilitate, quam Atticam appellant, hanc in Catone ne noverunt quidem. Hyperidae volunt esse et Lysiae. Laudo: sed cur nolunt Catones? Attico genere dicendi se gaudere dicunt. Sapienter id quidem; atque utinam imitentur nec ossa solum, sed etiam sanguinem!*

¹¹ Cic., *Brut.*, 284-285: *ipse errabat et alios etiam errare cogebat. Nam si quis eos, qui nec inepte dicunt nec odiose nec putide, Attice putat dicere, is recte nisi Atticum probat neminem.*

¹² Cfr. Ernesti, p. 1253.

vengo a aquellos en quienes piensas que la elocuencia ya es perfecta, que yo oí que sin controversia son magnos oradores.¹³

Martha supone que Cicerón se erige en el ideal de la elocuencia, por ser el último en la relación de oradores examinados en la historia del *Bruto*,¹⁴ pero hay que agregar que no sólo por eso, sino también porque expone y alaba en una tercera parte de la obra su propia carrera de orador. Después de considerar a Hortensio el más grande orador, no duda en decir que él lo derrotó, como de hecho históricamente es verdad. Además, en general, la literatura ciceroniana es campo fértil para suposiciones como ésta; por ejemplo, en el *Orador perfecto* dice:

Nosotros... a menudo derribamos de todo estado a nuestros adversarios... El sumo orador Hortensio no nos respondió. ... Por nosotros acusado... Catilina... enmudeció. Curión... respondiéndonos... súbitamente se sentó.¹⁵

En el *Bruto*, pues, podemos ver algo más que la simple historia de la elocuencia romana a manera de ejemplificación de los libros *Acerca del orador*; o algo más que una lucha generacional en que los jóvenes ya no estaban de acuerdo con el maestro. Y además de la efectividad de la elocuencia defendiéndose a sí misma, podría descubrirse también un mensaje de alerta a los conformistas que no luchan por salir de la muchedumbre, o, en el peor de los casos, a los incapaces de habla. Han hablado los que

¹³ Cic., *Brut.*, 69: *Nec vero ignoro nondum esse satis politum hunc oratorem et quaerendum esse aliquid perfectius*; 143: *tamen Crasso nihil statuo fieri potuisse perfectius*; 152: *[Caesar] ... ut esset perfecta illa bene loquendi laus ... est consecutus*; 296: *venio ad eos in quibus iam perfectam putas esse eloquentiam, quos ego audivi sine controversia magnos oratores.*

¹⁴ Cfr. Martha, pp. VI-VII.

¹⁵ Cic., *Or.*, 129: *Nos ... saepe adversarios de statu omni deiecimus... Nobis ... summus orator non respondit Hortensius ... A nobis ... Catilina ... accusatus obmutuit ... Cum coepisset Curio ... respondere, subito assedit.*

detentan el poder, pero pueden hablar todos los que se hagan conscientes de que son poseedores o capaces de poseer esa facultad, en especial si perseveran en el estudio, como aconsejaba Cicerón a Bruto:

Por ti nos afecta doble inquietud: que tú mismo carezcas de la república, y que ella de ti. Tú, sin embargo, aunque esta importuna calamidad de la ciudad oprime la carrera de tu ingenio, Bruto, retén en tus perennes estudios y haz aquello que casi o más bien ya habías hecho: que te arranques de esa turba de abogados que yo amontoné en esta plática.¹⁶

El *Bruto* es la historia de los magistrados, de los aristócratas, de los optimates, los únicos que, aunque “turba de abogados amontonados”, tuvieron acceso al poder de la palabra. Pero uno de esos privilegiados, con su escritura, nos dio voz también a los de abajo.

Toda la argumentación del *Bruto* tiende, en primera instancia, a mostrar las virtudes del orador de estilo ático, independientemente de quien las posea. En segunda, a causa de su educación retórica, el autor alaba las cosas que se refieren a la virtud y censura las que tienen que ver con los vicios.¹⁷ De este modo vuelve los ojos a sí mismo, a sus propios méritos, para ponerse como ejemplo de la mejor elocuencia de su época, como se verá más abajo. Este proceder retórico se halla expuesto, por ejemplo, en los tratados teóricos *De la partición oratoria* y *De la invención retórica*, específicamente en la parte de los exordios, que, entre otros fines, persiguen que el orador sea escuchado con benevolencia. Según esta doctrina, el público será benevolente para con el orador, si éste habla de sus propios méritos, de su

¹⁶ Cic., *Brut.*, 332: *Ex te duplex nos afficit sollicitudo, quod et ipse re publica careas et illa te. Tu tamen, etsi cursum ingeni tui, Brute, premit haec importuna clades civitatis, contine te in tuis perennibus studiis et effice id quod iam propemodum vel plane potius effeceris, ut te eripias ex ea, quam ego congeSSI in hunc sermonem, turba patronorum.*

¹⁷ Cic., *Part. or.*, 71: *omnia enim sunt profecto laudanda quae coniuncta cum virtute sunt, et quae cum vitiis, vituperanda.*

dignidad o de alguna virtud que posea, sobre todo la liberalidad, el deber cumplido, la justicia, la fe, y si acumula, contra los adversarios, las cosas contrarias, y si muestra alguna causa o esperanza de alianza con los que disputan. Si el orador se hubiera ganado algún odio o aversión, habrá que borrar esos sentimientos o disminuirlos, ya sea esclareciendo la causa de su origen, o debilitándola o sopesándola o excusándola.¹⁸ Al hablar de sus propias hazañas o del cumplimiento de su deber, el orador debe hacerlo sin arrogancia; debe esclarecer los cargos que se le imputen y algunas sospechas menos honestas que se levanten contra él; debe revelar las inconveniencias que le hayan acontecido o las dificultades que lo hostiguen; en última instancia puede rogar e implorar con humildad y súplicas.¹⁹

Dotado de estos conocimientos, y habiéndolos puesto en práctica tantas veces desde su juventud, Cicerón emprende en el *Bruto*, junto a la misma búsqueda del orador perfecto ideal o real, la defensa contra el grupo de jóvenes que lo acusaban de ser orador de estilo asiático, arrogándose ellos el ático. Así, veamos en qué consiste éste.

4. Estilo ático

Aquellos jóvenes pretendían que el estilo ático era el mejor, y su opuesto el asiático. En esto, Cicerón hábilmente muestra estar de

¹⁸ Cic., *Part. or.*, 28: *ut amice, ut intellegenter, ut attente audiamur. Quorum primus locus est in personis nostris, disceptatorum, adversariorum; e quibus initia benevolentiae conciliandae comparantur aut meritis nostris efferendis aut dignitate aut aliquo genere virtutis, et maxime liberalitatis, officii, iustitiae, fidei, contrariisque rebus in adversarios conferendis, et cum eis qui disceptant aliqua coniunctionis aut causa aut spe significanda: et si in nos aliquod odium offensiove collocata sit, tollenda ea minuendave aut diluendo aut extenuando aut compensando aut deprecando.*

¹⁹ Cic., *Inv.*, I, 22: *si de nostris factis et officiis sine arrogantia dicemus; si crimina inlata et aliquas minus honestas suspiciones iniectas diluemus; si, quae incommoda acciderint aut quae instent difficultates, proferemus; si prece et obsecratione humili ac supplici utemur.*

acuerdo con ellos; pero les prueba que ellos no practicaban tal estilo ático, como él en efecto lo hacía.

En esta defensa, Cicerón esgrime como argumentos, por una parte, los que podrían constituir los síntomas del buen orador, es decir, del ático, acaso recordando su propia actuación en el foro, y comparándose él, por lo tanto, con Pericles, Hipérides, Esquines y, sobre todo, con Demóstenes; también enseña lo que podría definir al mal orador (los vicios de que adolecían sus jóvenes enemigos), así como los numerosos fundamentos del éxito ciceroniano, que en su momento debían observarse como mandamientos por quien aspirara a la perfección en la oratoria, esto es, por quien quisiera ser llamado orador de estilo ático. No omite nada. Va desde lo meramente externo hasta lo que llamaríamos indispensable. Al respecto Cicerón hace una lista de factores externos, superficiales, que podrían verse como los síntomas de lo ático: cuando el orador va a comenzar a hablar, la gente se sienta, el tribunal se llena, se hace orden, el gentío es numeroso, el juez está erguido; y cuando el orador se pone de pie, todos piden silencio, hacen muchas admiraciones y asentimientos, y ríen y lloran a placer del orador.

Quiero que esto acontezca al orador: que cuando se haya oído que él va a decir, se ocupe el lugar en los bancos, se llene el tribunal, los escribanos sean agradables en dar y ceder lugar, el gentío numeroso, el juez erguido; cuando se levante ese que vaya a decir, el gentío dé señal de silencio; luego, frecuentes asentimientos, muchas admiraciones; risas, cuando quiera; cuando quiera, llantos; de modo que, si alguien ve esto desde lejos, aunque no sepa qué se actúa, sin embargo entienda que le agrada y que Roscio está en escena. A quien esto acontezca, sepa que él dice áticamente, como acerca de Pericles hemos oído, como acerca de Hipérides, como acerca de Esquines, y más de veras acerca de Demóstenes mismo.²⁰

²⁰ Cic., *Brut.*, 290: *Volo hoc oratori contingat, ut cum auditum sit eum esse dicturum, locus in subselliis occupetur, compleatur tribunal, gratiosi scribae sint in dando et cedendo loco, corona multiplex, iudex erectus; cum surgat is qui dicturus sit, significetur a corona silentium, deinde crebrae adsensiones, multae admira-*

A estos signos externos Cicerón agrega la apreciación de algún potencial espectador lejano, que, aunque no alcanzara a escuchar lo que en la lejanía se dice, gracias a la calidad de la *actio* podría imaginar que allá se lleva a cabo una obra de oratoria.

Si el mismo mirara de pasada que los jueces están erguidos, observando, de modo que le parezca que se les enseña acerca del asunto y que aprueban eso también con el rostro, o viera que, como el ave por algún canto, así aquéllos, como suspensos, habían sido poseídos por la oración, o que, lo cual es muy menester, habían sido perturbados con más vehemencia por la misericordia, por el odio, por algún movimiento del ánimo; si, como dije, mirara esto de pasada; si nada oyera, sin embargo, con seguridad entenderá que en aquel juicio se halla un orador, y que se hace una obra oratoria o que ya se hizo.²¹

Asimismo, puede saberse que alguien es mal orador por estos síntomas: la gente bosteza, hablan entre sí, miran de un lado a otro, preguntan la hora, desean que se acabe la sesión.

Y así, acerca del orador, el inteligente crítico del decir a menudo juzga no sentado y oyendo atentamente, sino de una sola mirada y de pasada. Ve que el juez bosteza, que habla con otro, que alguna vez también va de un lado a otro, que envía por la hora, que ruega al cuestor que levante la sesión; entiende que en esa causa no está presente un orador que pueda aplicar la oración a los ánimos de los jueces, como la mano a la lira.²²

tiones; risus, cum velit, cum velit, fletus: ut, qui haec procul videat, etiam si quid agatur nesciat, at placere tamen et in scaena esse Roscium intellegat. Haec cui contingant, eum scito Attice dicere, ut de Pericle audimus, ut de Hyperide, ut de Aeschine, de ipso quidem Demosthene maxime.

²¹ Cic., *Brut.*, 200: *idem si praeteriens aspexerit erectos intuentis iudices, ut aut doceri de re idque etiam voltu probare videantur, aut ut avem cantu aliquo sic illos viderit oratione quasi suspensos teneri aut, id quod maxime opus est, misericordia odio motu animi aliquo perturbatos esse vehementius: ea si praeteriens, ut dixi, aspexerit, si nihil audiverit, tamen oratorem versari in illo iudicio et opus oratorium fieri aut perfectum iam esse profecto intelleget.*

²² Cic., *Brut.*, 200: *Itaque intellegens dicendi existimator non adsidens et adtente audiens sed uno aspectu et praeteriens de oratore saepe iudicat. Videt oscitantem*

Cicerón, al parecer, no habla en general, sino de sí mismo, pues sabemos del gran éxito que tenía cuando actuaba en público. Recordemos cómo Julio César quiso escuchar el discurso en favor de Quinto Ligario, estando éste ya condenado a muerte. Dice Plutarco que ni siquiera César quería perderse aquel espectáculo de la palabra, durante el cual, movido por la gracia de la elocución, el dictador cambió varias veces de color, y finalmente, cuando el orador llegó al tema de la batalla de Farsalia, su conmoción fue tan violenta que le temblaba todo el cuerpo y se le cayeron los pergaminos que traía en la mano, y así vencido por la elocuencia perdonó a Ligario.²³

Hasta aquí, como meros espectadores, por encima podríamos juzgar si alguien es orador bueno o malo. Pero Cicerón va más allá. Enumera los fundamentos que podrían llevar al orador a la perfección. Sin duda, aquí también hace el recuento de su educación, recordando sus lecciones de gramática, de lógica, de ética, de patética, de retórica, de derecho. Revive sus lecturas, su vida entregada a las letras. Allí afirma que la literatura contiene la fuente de la perfecta elocuencia; que la filosofía, es decir, la lógica y la ética, es la madre de todo lo bien hecho y de todo lo bien dicho; que el derecho civil se necesita para las causas privadas y en general fomenta la prudencia del orador; que por el conocimiento de la historia patria, es posible incluso resucitar a los más valiosos testigos; que el buen humor relaja los ánimos de los jueces; que con la abstracción se aplica lo particular a mayor número de casos; que las digresiones deleitan; que por la patética se lleva al público a la ira y al llanto; en suma, que la tarea del orador consiste en conmover.

Por la riqueza de estilo y sentido que encierra, y porque en él se manifiesta el carácter firme y la plena seguridad del autor, cito

iudicem, loquentem cum altero, non numquam etiam circumstantem, mittentem ad horas, quaesitorem ut dimittat rogantem: intellegit oratorem in ea causa non adesse qui possit animis iudicum admovere orationem tamquam fidibus manum.

²³ Plut., Cic., XXXIX.

completo el texto de donde extraje los fundamentos que llevan al orador a la perfección, y en la traducción hecha con el máximo respeto a la letra pongo énfasis en el indefinido “nadie”, para hacer notar la ironía del pasaje. Es así:

Nada diré acerca de mí; diré acerca de los demás; de los cuales, NADIE había que pareciera haberse entregado más exquisitamente que el común de los hombres, a las letras, en las cuales se contiene la fuente de la perfecta elocuencia; NADIE que hubiera abrazado la filosofía, madre de todo lo bien hecho y de todo lo bien dicho; NADIE que hubiera aprendido derecho civil, cosa máximamente necesaria para las causas privadas y para la prudencia del orador; NADIE que tuviera memoria de las cosas romanas, por la cual, si alguna vez fuera necesario, sacara desde los infiernos a los más valiosos testigos; NADIE que breve y penetrantemente, después de cercado el adversario, relajara los ánimos de los jueces y poco a poco los llevara de la severidad a la hilaridad y a la risa; NADIE que pudiera ensanchar su oración, y de una propia y definida discusión de un hombre y un tiempo pasarla a cuestión común de género universal; NADIE que pudiera, para deleitar, alejarse momentáneamente de la causa; NADIE que en gran manera pudiera llevar al juez a la ira; NADIE, al llanto; NADIE que empujara el ánimo de éste a donde el asunto pidiera, lo cual es lo único máximamente propio del orador.²⁴

Si este párrafo se lee en sentido no figurado, en el mundo imaginario de Cicerón todos eran unos verdaderos idiotas —y

²⁴ Cic., *Brut.*, 322: *Nihil de me dicam: dicam de ceteris, quorum nemo erat qui videretur exquisitius quam vulgus hominum studuisse litteris, quibus fons perfectae eloquentiae continetur; nemo qui philosophiam complexus esset matrem omnium bene factorum beneque dictorum; nemo qui ius civile didicisset rem ad privatas causas et ad oratoris prudentiam maxime necessariam; nemo qui memoriam rerum Romanarum teneret, ex qua, si quando opus esset, ab inferis locupletissimos testes excitaret; nemo qui breviter arguteque incluso adversario laxaret iudicum animos atque a severitate paulisper ad hilaritatem risumque traduceret; nemo qui dilatare posset atque a propria ac definita disputatione hominis ac temporis ad communem quaestionem universi generis orationem traducere; nemo qui delectandi gratia digredi parumper a causa, nemo qui ad iracundiam magno opere iudicem, nemo qui ad fletum posset adducere, nemo qui animum eius, quod unum est oratoris maxime proprium, quocumque res postularet impellere.*

Roma era la cuna de la ignorancia y de la incompetencia—, excepto, como resulta obvio a lo largo del *Bruto*, el narrador, con quien, sin embargo, nadie estaba de acuerdo, a no ser, de acuerdo con él mismo, los grandes muertos, por ejemplo Hortensio y aun Catilina, y pocos más, como se ve en el *Orador perfecto*.²⁵ Por la forma como se dicen, en Roma nadie llenaba estos requisitos, solamente quien los describe. Están introducidos con preterición: “nada diré acerca de mí”, y con ironía: “diré acerca de los demás”. Pero la anáfora negativa hace que, sin darse cuenta, el lector entienda que la frase “nada diré acerca de mí” significa “diez cosas diré acerca de mí”. Y sin duda que fue intencional este modo de preparar al lector a leer al revés, ya que el autor desde el prefacio proyecta la primera persona, es decir, su persona misma, al principio cubierta por el velo de la patética, en una oración fúnebre, compuesta en homenaje de su amigo Hortensio, cuya muerte ignoraba.

Recibí —dice— en mi ánimo el más grande dolor que nadie podía imaginar.²⁶

Toda la introducción del *Bruto* contiene una nutrida pero no pesada carga egocéntrica, y nada egoísta, si es que cupiera bien la distinción con egotista que pretendo. Baste como ejemplo el primer párrafo.

Como saliendo de Cilicia hubiera venido a Rodas y allí me hubieran anunciado la muerte de Quinto Hortensio, recibí en mi ánimo el más grande dolor que nadie podía imaginar. Pues, perdido el amigo, me veía yo privado de su agradable trato y de nuestra alianza en muchos trabajos; y me dolía que la dignidad de nuestro colegio se hubiera disminuido con la partida de tal augur. En estas reflexiones, recordaba que él me había escogido para el colegio, en el cual bajo juramento él había hecho el juicio acerca de mi dignidad, y él

²⁵ Cic., *Or.*, 129.

²⁶ Cic., *Brut.*, 1: *opinionem omnium maiorem animo cepi dolorem.*

mismo había hecho los augurios para consagrarme. Por ello, según las constituciones de los augures, debía cultivarlo en lugar de padre.²⁷

El énfasis de la primera persona crece con la reiterada auto-atribución de virtudes por medio de los interlocutores del diálogo, a veces disimulada, a veces directamente, como cuando hace que Tito Pomponio Ático le diga: *Sé que tú casi lloraste la soledad de los juicios y del foro*,²⁸ como si dijera: “sé que tú casi lloraste mi ausencia”. Y éste es, sin duda, si no el sentido de la obra entera, sí uno de los móviles de su escritura: dar brillo a su propio currículum, sombrío a veces y doloroso hacia el final de su carrera como orador y como hombre de estado.²⁹

No obstante, en ese pasaje donde resuena la anáfora “nadie, nadie”, con sentido de “sólo yo, sólo yo”, veo dos cosas: primero, algo así como un “consuelo de sí mismo”, una especie de autobiografía donde el talento narrativo no hace más que descubrir las heridas de su autor y curarlas convirtiéndolo en protagonista de su propio mundo imaginario, y en apologista de sus penas y dolores. Así aparece Cicerón en el *Bruto*, luchando en plena catarsis por liberarse de la pequeñez política en que había caído y del menosprecio que le profesaban aquellos jóvenes oradores encabezados, curiosamente, por el propio Marco Bruto, en cuyo

²⁷ *Cum e Cilicia decedens Rhodum venissem et eo mihi de Q. Hortensi morte esset adlatum, opinione omnium maiorem animo cepi dolorem. Nam et amico amisso cum consuetudine iucunda tum multorum officiorum coniunctione me privatum videbam et interitu talis auguris dignitatem nostri conlegi deminutam dolebam; qua in cogitatione et coopiatum me ab eo in conlegium recordabar, in quo iuratus iudicium dignitatis meae fecerat, et inauguratum ab eodem; ex quo augurum institutis in parentis eum loco colere debebam.*

²⁸ Cic., *Brut.*, 21: *Scio ... te ... quasi deflevisse iudiciorum vastitatem et fori.*

²⁹ Para una revisión de la carrera política de Cicerón ligada a sus escritos, remito al lector a Tenney Frank, *Life and Literature in the Roman World*, University of California Press and Los Angeles, 1930; trad. Alberto L. Bixio, *Vida y literatura en la República Romana*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1971, especialmente el capítulo “Respuestas de Cicerón a la experiencia”, pp. 234-265.

honor y bajo cuyo nombre se escribió esta obra. Como sea, en este retrato del orador ático —repito, considerado el ático, por Cicerón y por sus enemigos, el mejor género de dicción— se cumple la norma retórica de que las propias virtudes de nada sirven si no se dan a conocer, expresada por el mismo autor en la obra *De la partición oratoria*.

Arruinado política y socialmente —no recobraría su autoridad ante el senado hasta 44 al enfrentar a Antonio—, acaso el autor encontró el consuelo rebajando a los demás con su autobiografía, a cuya composición simulaba rehusarse o simulaba hacerlo con discreción y modestia, como ya vimos que él mismo enseñó en sus tratados de teoría retórica. Bruto le pide que hable de sí mismo y de Hortensio, antes de continuar con la muchedumbre de los oradores menores, ficción que provoca en el lector la invocación del antónimo “mayores”, y da por supuesto la superioridad de Cicerón y Hortensio. El trozo del diálogo a que me refiero es éste:

—En verdad, Bruto —digo—, te lo diré. No estimé que en esta plática yo vendría hasta esta época; pero de tal suerte arrastró a mi oración el orden de las épocas, que ya llegué también a los menores.

—Entonces —dice—, si te parece que hay algunos, interpónlos; luego regresemos a ti y a Hortensio.

—Más bien —digo— a Hortensio; acerca de mí otros dirán, si algunos quisieran.

—De ningún modo, en verdad —dice—. Pues aunque a mí fácilmente me retuviste en toda tu plática, sin embargo ésta me parece más larga, porque tengo prisa de oír acerca de ti, y en verdad no anhelo conocer tanto acerca de tus virtudes del decir, las cuales son conocidísimas por todos y ciertamente por mí, cuanto, por llamarlos así, tus grados y procesos del decir.³⁰

³⁰ Cic., *Brut.*, 232-233: *Tum ego: vere tibi, inquam, Brute, dicam. Non me existimavi in hoc sermone usque ad hanc aetatem esse venturum; sed ita traxit ordo aetatum orationem, ut iam ad minoris etiam pervenerim.*

El autor —dice— no hablará de sus virtudes, sino de la forma en que las alcanzó. Como si una cosa pudiera ir sin la otra. Desde luego, esta sencilla argucia argumentativa no es casual ni aislada. A lo largo del *Bruto*, el autor deja ver que unos oradores fueron buenos, otros mediocres y gran muchedumbre de ellos desdeñable; el mejor, Hortensio; y éste, derrotado por Cicerón. Después de la muerte de Hortensio, Cicerón se declara protector de la elocuencia, asociando en esta misión a Bruto,³¹ asociación poco respetuosa, pues lo considera todavía en “la muchedumbre de abogados”.³² En todo caso, es justo recordar que tampoco Bruto aprobaba lo que aquél escribía acerca de estos temas, aun cuando estuvieran a él dedicados. Y, curiosamente, el mismo Cicerón es testigo de este menosprecio.³³

En el cierre del diálogo, la historia de la elocuencia romana se divide en seis grandes épocas, cada una de las cuales tiene sólo dos oradores dignos de alabanza. Aquí enumeraré cada uno de esos pares a fin de que se note la discreción con que está hecha la cuenta: primer par, Catón y Galba; segundo, Lépido y Carbón; tercero, Tiberio y Cayo Graco; cuarto, Antonio y Craso; quinto par, Cota, Sulpicio y Hortensio. Para el sexto dice Cicerón: “yo no fui numerado entre muchos”.³⁴ Sólo a Cicerón se le ocurre que

Interpone igitur, inquit, si quos videtur; deinde redeamus ad te et ad Hortensium. Immo vero, inquam, ad Hortensium; de me alii dicent, si qui volent.

Minime vero, inquit. Nam etsi me facile omni tuo sermone tenuisti, tamen is mihi longior videtur, quod propero audire de te; nec vero tam de virtutibus dicendi tuis, quae cum omnibus tum certe mihi notissimae sunt, quam quod gradus tuos et quasi processus dicendi studeo cognoscere.

³¹ Cic., *Brut.*, 330: *Nos autem, Brute, quoniam post Hortensi clarissimi oratoris mortem orbae eloquentiae quasi tutores relictis sumus.*

³² Cic., *Brut.*, 332: *ut te eripias ex ea, quam ego congeSSI in hunc sermonem, turba patronorum.*

³³ Cic., *At.*, XIV, xx, 3: *non modo mihi sed etiam tibi scripsit sibi illud quod mihi placeret non probari.*

³⁴ Cic., *Brut.*, 333: *Nonne cernimus vix singulis aetatibus binos oratores laudabilis constituisse? Galba fuit inter tot aequalis unus excellens, cui, quem ad modum accepimus, et Cato cedebat senior et qui temporibus illis aetate inferiores fuerunt;*

un par puede constar o de tres elementos o de uno solo, según convenga, o que los lectores simplemente lo asumirían.

Ya desde la antigüedad, Plutarco había calificado este hecho como de desmedido amor propio y ansia de gloria, ya que Cicerón celebraba no solamente sus hazañas sino también los discursos que había pronunciado o escrito, como si la finalidad de éstos hubiera sido un concurso de oratoria en que participaran los mejores oradores griegos, como Demóstenes o Pericles, y no la pura persuasión de la que necesitan los gobernantes en el ejercicio de sus funciones, y libre de todo deleite. Esa ansia de gloria fue percibida en sus ya famosos versos: “cedan las armas a la toga, / ceda el laurel a la alabanza”.³⁵

Leído sin orientación anímica, el *Bruto*, así como *El orador perfecto*, es un excelente manual de crítica literaria; pero, una vez que se descubre que las virtudes estilísticas de que habla se prueban con la producción del propio preceptista, y los vicios con ejemplos de otros autores, entonces el lector puede con razón perder la objetividad de juicio, y sentir privilegiada la presencia del certamen en busca de elogio.

Pero es necesario ser ingenuo, o tan soberbio como se supone a Cicerón, para creer que éste realmente hubiera sentido que ningún orador sabía, ni hacía, ni podía nada, excepto él.

Pernot dice que más allá de la indiscutible vanidad del personaje, la “periautología” ciceroniana es una estrategia elaborada, que tiene por función construir la imagen del orador y afirmar su autoridad política y oratoria,³⁶ binomio indivisible en aquella

*Lepidus postea, deinde Carbo; nam Gracchi in contionibus multo faciliore et liberiori genere dicendi, quorum tamen ipsorum ad aetatem laus eloquentiae perfecta nondum fuit; Antonius, Crassus, post Cotta, Sulpicius, Hortensius. Nihil dico amplius, tantum dico: si mihi accidisset, ut numerarer in multis * * * si operosa est concursatio magis oportunorum * * **

³⁵ Plut., *Comp. Dem. et Cic.*, II, 1-3: ἡ δὲ Κικέρωνος ἐν τοῖς λόγοις ἀμετρία τῆς περιαντολογίας ἀκρασίαν τινα κατηγορεῖ πρὸς δόξαν, βοῶντος ὡς τὰ ὄπλα ἔδει τῇ τηβέννῳ καὶ τῇ γλώττῃ τὴν θριαμβικὴν ὑπεῖκειν δάφνην, y *Cic.*, fr. 16360.1.1.2: *cedant arma togae, concedat laurea laudi.*

³⁶ Pernot, pp. 107-108.

época. El narrador del *Bruto* en primera persona refleja no sólo la doctrina de los exordios inherente a la educación imperante, sino la maestría a que Cicerón había llegado en su manejo. Los argumentos *ex personis* permiten y enseñan a hablar de sí mismo, y concilian, entre otros factores necesarios en la producción de todo discurso, la benevolencia del público, y este sentimiento era el que Cicerón buscaba implantar en el ánimo de sus contemporáneos, dándoles a conocer, o recordándoles, sus méritos, su dignidad, su virtud oratoria.

Además, Cicerón invitaba a entregarse al estudio de la elocuencia, a fin de evitar la ruina común, alcanzar protección para la república y hacer la vida segura, honrosa, brillante, alegre.³⁷ Y aquí, hacia el final del *Bruto*, en edad madura, cumpliendo ese postulado político-educativo, mostró la preocupación de que su joven amigo Bruto no se apartara del estudio y práctica de la retórica, ya que él constituía una esperanza real para la salud de la república, como esperanza real, segura y a menudo única son los jóvenes de todos los tiempos y de todos los lugares.

Y de tal modo, Cicerón, hombre elocuente, “único grande orador” —según Alfonso Reyes— “que haya querido teorizar sobre su arte”,³⁸ al defender su propia elocuencia con tanta elocuencia —a través de uno de los géneros más difíciles, como es la alabanza de sí mismo, “condenada a causa del efecto desagradable que produce sobre los otros”—,³⁹ al abogar por sí mismo, repito, no hace otra cosa que abogar por el respeto y cultivo de la palabra, lo cual sin duda eleva las conciencias a rango de superioridad en la jerarquía puramente humana.

A manera de conclusión, yo me pregunto si es más despreciable el deleite puro nacido de la conciencia de un buen discurso, o menos laudable la conciencia del poder adquirido sobre la

³⁷ Cic., *Inv.*, I, 5: *quae et his rebus ornamento et rei publicae praesidio esset, eloquentia.*

³⁸ A. Reyes, p. 415.

³⁹ Pernot, p. 108.

base del discurso. Juego de palabras o no, la verdad es que, por una parte, en muy poco o casi en nada se reprocha a Cicerón el poder que adquirió a través de su fuerza elocutiva; al contrario, la tradición ha puesto en ésta las razones de su máxima gloria; por otra parte, en cambio, los críticos, no el gran público receptor, adquieren sentimientos de aversión cuando aquél hace ciencia de lenguaje a través de su propio ejemplo, sin que a ellos les importe la trascendencia de esa ciencia, que ha abierto caminos en el campo de la hermenéutica y de la crítica literaria, y que ha formado a grandes pensadores, como lo denuncia la enorme cantidad de preceptivas literarias producidas a lo largo de los siglos, basadas en estas enseñanzas, y que van desde las célebres *Institutiones oratoriae* de Quintiliano, hasta, por decir, *The Classical Rhetoric for the Modern Student* de Edward Corbett.

Y, para terminar, no ha de olvidarse que Marco Tulio Cicerón no temía que la gloria alcanzada por su elocuencia pareciera menor si un día sus obras llegaran a caer en manos de los críticos, pues prefería ser aprobado por la multitud del pueblo, aun cuando no despreciara el juicio de los doctos:

mucho más querría que esta discusión acerca de aprobar o desaprobar al orador agradara a ti y a Bruto; pero quisiera que mi elocuencia fuera aprobada por el pueblo. Y es necesario, pues, que el mismo que diga en tal forma que sea aprobado por la multitud, sea aprobado por los doctos.⁴⁰

Y han sido, sin duda, multitudes durante todas las generaciones después de la suya, las que se han beneficiado de su producción escrita. Yo todavía sigo estudiándola, y persisto en enseñarla a mis alumnos, pues en ella se pueden hallar los secretos del éxito y los peligros del fracaso, a pesar de todos los pesares.

⁴⁰ Cic., *Brut.*, 184: *disputationem hanc de oratore probando aut improbando multo malim tibi et Bruto placere, eloquentiam autem meam populo probari velim. Et enim necesse est, qui ita dicat ut a multitudine probetur, eundem doctis probari.*